

CUENTO N° 134

TÍTULO: HILDA

SEUDÓNIMO: MAURO TORCAZ

AUTOR: ALEJANDRO HUMBERTO ROMÁN QUIROZ

Título del cuento: Hilda

Seudónimo: Mauro Torcaz

No sabe el Mauro con qué clase de mujer se está enredando, tampoco sabe la historia de Hilda, los cortos tirantes de su mente no le dan para tratar de indagar sobre la joven, no se inquieta, menos se le ocurre preguntar, de donde viene, que hace, sus gustos y costumbres. Sabe por comentarios escuchados a las vecinas, al volver a casa del trabajo, que la madre de Hilda murió en el sur, y como era la única persona que alimentaba y sostenía a los diez hermanos, que formaban la familia Pérez. Todos quedaron a la deriva, se desparramaron, desaparecieron como el vapor de la mañana por las cuatro esquinas del campo en Futrono. Ya mujerona supo que los mayores estaban en la ciudad capital del país, los cuatro restantes fueron ubicados en pueblos cercanos. De ella nadie se hizo cargo, tenía trece años en ese momento, quedó sola a esa edad, y lloro días y días en el abandono de la casona, al notar que su agua se secaba, y su eco retumbaba en las paredes de adobes, como retumban las piedras cayendo desde las pendientes del cerro, apagadas, cortó el llanto y alejó la amargura.

El eco alimentaba sus chillidos y nadie venía a sacarla del martirio.

Estuvo balando como las ovejas perdidas, hasta que alguien concurrió a darle de comer y limpiarla, le explicó que era familiar lejano y se vino a vivir con ella, pero con poco cariño y nada de comida, si, hartos golpes y trabajos que sobrepasaban con creces sus fuerzas de niña, tenía que moler, secar, labrar, dar de comer y regar, la despertaban de su sueño de jilguero a las cuatro de la mañana, para que abriera las compuertas que inundaban los sembradíos del huerto, si no lo hacía con rapidez, la azotaban con una varilla de mimbre, llevaba en todo el cuerpo esos verdugones y laceraciones. En los hombros las magulladuras de los sacos de

papas y porotos que la obligaban a trasladar desde el campo a una pieza que hacía de bodega.

A los trece años extenuada y aburrida de los malos tratos se hizo mala, se lo refregaban tanto que ella misma lo creyó, escuchó demasiado hablar de brujos y hechicería, que un día tomó un huevo de gallina negra, cortó por la mitad un sapo verrugoso, le arrancó las tripas, extrajo ceniza tibia del brasero y pelos de la persona que más la martirizaba, los mezcló con sangre y agua natural de un chivo, el resultado fue un líquido color verdoso y ámbar debido a la miel, que escuchó tantas veces había que agregar a todas las pócimas, lo puso a hervir tranquila, pasaba tan sola en los alrededores del campo que no se inmutó por el ajetreo y demora en realizar el mejunje, el líquido lo repartió en dos frascos de colonia vacíos, y los enterró, sacó uno y cuando estaba en la cocina lo agregó al agua de la tetera del té, dispuso la cantidad que tantas veces escuchó de una tía que era suficiente para dejar tullido y sin habla a un canalla de ochenta kilos, supuso que esos eran más o menos los kilos del maltrato que recibía.

El hombre quedó ciego de unas cataratas mal cuidadas, a dos meses de haber recibido la ración, a la mujer la atropellaron, resultó con una cadera de metal que al venir los fríos la tiraba a la cama del dolor. Cuestión que recargaba aún más sus trabajos. Con un ciego y una tullida su vida se convirtió en más esforzada, trajinada, dura, y violenta.

Recolectó hierbas picantes y ásperas y se tomó un jarro para salir de esa dureza, la salvaron en el hospital con agujas y sondas, no volvió a intentar brujerías ni preparar líquidos para moler tripas.

A los quince años ayudaba en las labores domésticas de una casa de clase media, por la comida y la cama, aprendió mucho de lo bueno y lo malo, de la negra y la blanca, y de las dos juntas, a veces practicaba con animalejos. Por eso cuando vio desatado al Mauro encima de ella supo de inmediato; tenía que

sacarlo de ese viento retardado que le envolvía la cabeza, lo vio cinco años más adelante panzón, hediendo a vino barato, horas cuadradas, monótono delante de la tele y ella rodeada de cabros chicos, lavando, planchando, cocinando, secándose la transpiración de tantas obligaciones y él gritando, galopándola con esa dureza igual a un conejo por los estertores de una eyaculación imposible de controlar, no le agradó la visión. Por lo mismo pondría a prueba esa cualidad que albergaba, cambiando al Mauro y de ese modo hacer más agradable su existencia.

Había desarrollado esa habilidad, sabía exactamente lo que iba a pasar y qué harían las personas, claro que no podía ponerlas en guardia o avisarles, no quería, no tenía ni le gustaba que mientras hablaba con alguien por detrás de su frente pasaran las imágenes de la vida del sujeto como en las películas, a veces lloraba o reía estrepitosamente en la cara de su interlocutor, razón por la que varias veces la dejaron hablando sola, ella se encogía de hombros, sin saber que atajo tomar. Aunque sabía con certeza lo que necesitaba esa persona, imposición de manos, te amargo con flor de manzanilla, fuego y humo de habano, caldo de gallina negra, o espejos de agua de vertiente.

Entonces a este hombre se dijo al verlo estremecido a su lado hay que extraerle esa tontera de sombrero que lleva a todas partes y lo convierte en risa de todos. Como lo hizo no se supo, lo cierto es que el Mauro tuvo un cambio del cielo a la tierra.